Matías Maggio Ramírez

Nalgas sangrantes. Un boceto a mano alzada acerca de los problemas de hacer buena letra en la Buenos Aires colonial

En el Virreinato del Río de la Plata, la lectura y la escritura se enseñaban por separado. La escritura, especialmente, estaba dirigida a los niños de familias decentes, a los que se disciplinaba mediante el castigo corporal. El autor intenta aquí reconstruir esa situación a partir del texto "Primera sangre" de Pastor Obligado.

En verdad, la primera sangre que expuesta estuvo a correr en esta plaza por la revolución de la independencia fue la de mis nalgas.

Juan Bautista Peña

A Félix Weinberg, in memoriam

1. Introducción

A principios del siglo XIX, América Latina vivió tiempos de revoluciones, de aires enrarecidos por susurros clandestinos y lealtades efímeras. Días de escritos copiados en obediente silencio para ser luego leídos a escondidas con voz altisonante. Buenos Aires había salido airosa de las dos invasiones inglesas, la última en 1807. Tiempo después, en Madrid, el rey Carlos IV abdica en favor de su hijo Fernando VII y, tras la ocupación napoleónica, ambos renuncian a sus poderes soberanos para que sea posible la proclamación de José Bonaparte como rey de España y de las Indias. El aire se vuelve más espeso en el Virreinato del Río de la Plata cuando, ya con la corte portuguesa en Brasil, la infanta Carlota Joaquina quiere ocupar, con el apoyo británico, el lugar de su hermano, Fernando VII. En esos tiempos, bajo la censura virreinal y con mucho para decir, había que hacer buena letra.

Al rastrear la génesis de la enseñanza de la lectoescritura en los territorios del Virreinato del Río de la Plata, Héctor Cucuzza (2002:54) retoma la pregunta de Dorothy Tanck: cuál es la razón por la cual se separaban la enseñanza de la lectura y de la escritura. La respuesta, al igual que en el caso mexicano pero aplicable con reservas al resto de Latinoamérica, nos acerca no a un criterio pedagógico sino operativo. El papel era importado, escaso y caro; el manejo de la pluma requería cierta destreza manual, amén de que reclamaba un tratamiento más individualizado por parte del maestro (el uso de este instrumento hace necesarias habilidades motrices más complejas). Aun así, José Bustamante V. (2000:140), al revisar los inventarios de las escuelas de frontera de principio del siglo XIX, encontró que, además de bancos, papel, tinta, catecismos, cartillas, gramáticas y pizarras había cajas "para la arena". También se consignaba la existencia de pinceles, aplicaciones y alisadores, todos ellos "para la arena". Esto indica que se los utilizaba para ejercitar los primeros trazos en la escritura, sin peligro alguno de equivocarse; sin temer la reacción del maestro, afecto a dar nalgadas y castigos a sus alumnos, a quienes los aterrorizaba su sola presencia. En el *Tratado del origen, y arte de escribir bien: ilustrado con veinte y cinco láminas* del fraile catalán Luis de Olod (1766) la preocupación por la tiranía en el aula puede leerse en sintonía con los aires ilustrados, que también tendrán sus ecos en el Río de la Plata, principalmente en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* que editaba Juan Hipólito Vieytes. En el capítulo XIII sobre "De cómo deben castigar los Maestros a los Discípulos", el fraile sostiene que el "Maestro pondere bien los daños, que lleva en sí el castigo de azotes, bofetones, varas y golpes; porque supuesto, que el azotar, bofetar, pellizcar, dar de coces, y semejantes castigos son acciones serviles, baxas, y menos decentes […] que nada aprovechan, ni para impresionar en el espíritu la doctrina [… ya que] lo endurecen en el mal; porque perdido el honor, y estimación, que debe tener, se hace insensible a la corrección, se habitúa a los azotes como un esclavo, y se hace inflexible contra el castigo". Vieytes confirma los malos tratos impartidos a los niños cuando escribe, en 1805, que "entregábamos los niños a maestros ignorantes y que apenas sabían más que leer y escribir, y que les abatían con castigos viles e ignominiosos".

Por otro lado, la enseñanza de la escritura estaba centrada en los niños, decisión nada inocente, que todavía queda por indagar y problematizar desde una mirada interdisciplinaria. Quizás así podremos dar cuenta de la concepción de la infancia, de la educación, de la lectoescritura y de la cuestión de género y de las etnias en tiempos coloniales. Las niñas aprendían a leer, no solo para poder acceder a la Biblia sino también para leer órdenes que ellas mismas no podrían escribir en un futuro. Un ejemplo rápido se puede encontrar en el *Semanario* de Vieytes cuando, el 27 de julio de 1803, aparece el siguiente aviso:

> En la calle de la Merced tirando para la plaza en la penúltima puerta de calle a mano derecha abita una Señora Catalana que ofrece enseñar a las niñas a leer, hacer calcetas, coser, bordar con metal, y sedas, hacer encaxes, y blondas.

En el territorio de la infancia, entonces, la lectura se prefiguró como el ámbito de la introspección, de lo doméstico y femenino, del silencio y la obediencia. En síntesis, la enseñanza de la escritura estuvo dirigida a los niños pertenecientes a familias decentes, que debieron hacer carne el refrán que dice que la letra con sangre entra.

2. Recuerda, cuerpo

El presente escribe el pasado por su función estratégica. Los escritores de la generación del 80 escribieron el pasado para que este sirviera como pilar en la construcción de la Nación. Pastor Servando Obligado (émulo criollo de Ricardo Palma al punto de glosarlo en extenso en sus escritos sin pudor alguno) comenzó a publicar, a fines del siglo XIX, una serie que llegaría a diez tomos de sus *Tradiciones Argentinas* que, tras casi cincuenta años, recogió "de labios de los ancianos y en viejos periódicos y papeles de archivo los menudos episodios con que compuso, no ya 'la epopeya cómica' de nuestra historia, como ha sido dicho de la obra de Palma, sino una crónica fragmentaria, útilmente ilustrativa de ciertos




i

aspectos del pasado remontada cronológicamente hasta la época colonial" (Guisti, 1959:417). Una de esas tradiciones servirá para ilustrar la cultura escrita durante la Colonia y encontrar, así, algunos ejemplos de lo que Armando Petrucci (1999) llamó *delegación de la escritura* y *escritura expuesta*.

3. La primera sangre

El virrey del Perú, D. José Fernando de Abascal,[1] envió a su par de Buenos Aires un sobre con un texto revolucionario que había sido encontrado en Chuquisaca. Tras la asonada de Álzaga del 1 de enero de 1809 contra Liniers y los levantamientos en Charcas y en Quito, este escrito no era inocente. El virrey Cisneros lo recibió el 3 de febrero de 1810. Con estupor, leyó:

> Ya somos grandecitos, como que contamos trescientos años bajo yugo. Tenemos edad para gobernarnos, y es tiempo que dejemos de engordar extraños. La América es de los americanos, como la España de los españoles.
> Bueno es recordar que si los tiranos parecen gigantes, solo es porque sus vasallos siguen de rodillas.
> Parémonos y seremos hombres de la misma altura. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo. Si con Tupac Amaru fuimos vencidos, es porque no estábamos unidos. Que de la Tierra del Fuego al golfo mexicano se oiga un solo grito: ¡Emancipación! Tiempo es de enarbolar la bandera de la libertad.

Abascal encargaba seguir la pista con suma reserva. En Buenos Aires, se pusieron por todas las esquinas

> avisos ofreciendo morrudo sueldo al escribiente de mejor letra que se presentara. Nada; todas eran garabatos de cartulario y patitas de moscas. No se encontraba, casi casi como al presente, plumífero de buena pluma ni escribano que supiera escribir, apenas medias plumas. […] Que el papelito partiera de aquí no había duda. No solamente era grueso, feo, ordinario como todo el que de España nos mandaban, sino que aun la fecha estaba tergiversada: "Buenos aires tome usted", empezaba, acabando con la simulada exclamación: "¡Santa María!".

El fiscal Villota salía de la iglesia del Colegio San Ignacio cuando le llamó la atención un "papel recién pegado, en el que con hermosa letra se ofrecía buena gratificación al alma caritativa" que quisiera entregar en la sacristía un grueso rosario con paternósters de oro. La letra era la misma que la de la proclama revolucionaria que había llegado a Lima. La investigación encontró al escribidor. El rosario perdido era de la señora de Lezica y "el plumífero" resultó ser su propio sobrino, Juan Bautista Peña, alumno de D. Francisco Argerich.

El fiscal ante la Audiencia hizo llamar al niño. Le dictó la misma frase: "Cansados estamos de amos y tiempo es ya de que mandemos en casa". No había duda, era la misma letra que la de la carta enviada por Abascal. El niño negó haber escrito aquel texto. "Hubo conciliábulo, y el señor don Francisco de la Peña volvió a llevar a su hijo, y el alcalde Lezica (su tío) lo apadrinó, y Rivadavia recomendaba al niño: '¡cuidado con revelar nada!'". Citaron al niño por segunda vez y, tras tan tozuda negativa, el asunto llegó al virrey. Lo volvieron a citar y, ya con la anuencia de Cisneros, le dieron tal azotaina que confesó. Que dónde lo había escrito, por orden de quién y cómo se llama el maestro y dónde es que vive aquel. "Reconquista 70", escuchó el fiscal, y enseguida ordenó al alguacil que fuera a esa dirección para traerle al maestro Argerich. Pero ya era tarde, porque el maestro se había embarcado hacia Brasil.

> ¿Qué había sucedido? Que halagando al de la buena letra, el Sr. Argerich hizo copiar por el niño Juan Bautista Peña las cartas, proclamas y correspondencias que Rivadavia, Moreno y Belgrano enviaban incitando a revueltas a los patriotas del Alto Perú, y cuando llegase a sospechar allá que los cabecillas anduvieran por acá, bajo pena de azotes, que aun sin prometer muchos daba, conjurole Argerich al más riguroso secreto sobre el papelito extraviado.

Advertido por Rivadavia, ya que sus amistades lo habían tenido al tanto de la investigación, el maestro huyó.

4. Escritura

En la Catamarca colonial, Ambrosio Millacay fue azotado en la plaza pública "por haberse descubierto que sabía leer y escribir" (Cucuzza, 2002:53). Saberes peligrosos que merecían guardarse en secreto; más aún, si quien los poseía era mulato. Leer era una actividad riesgosa para la salud, según la opinión médica del siglo XVIII encarnada por Samuel Tissot y divulgada por el librero suizo alemán, J. G. Heinzman, que publicó un libro donde aseguraba que la lectura excesiva provocaba: "Propensión a los enfriamientos, dolores de cabeza, debilidad ocular, calenturas, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejlía, enfermedades pulmonares, indigestión, oclusión intestinal, trastornos nerviosos, migrañas, epilepsia, hipocondría y melancolía" (Darnton, 1999:194).

1. En este texto de Pastor Obligado (1977:38), "Primera sangre", del que aparecen aquí fragmentos, se cita de manera indirecta, sin dar cuenta de la fuente, una tradición peruana de Ricardo Palma (1993:114) llamada "El Virrey de la adivinanza". Al Virrey Abascal, años después de la anécdota comentada por Obligado, le dejan en su escritorio tres bolsitas que, en el siguiente orden, contenían un mensaje independentista: sal, habas y cal.

Pero escribir demasiado –más allá de lo permitido– aquello que se piensa en la intimidad revolucionaria, con el fin de contagiar adeptos, también tendrá sus consecuencias.

En el relato de Obligado, la escritura escondía no solo al amanuense sino también al maestro. Armando Petrucci (1999:105) reflexiona sobre el fenómeno de la delegación de la escritura indicando que "se verifica cuando una persona que debería escribir un texto o suscribir un documento y no está en condiciones de hacerlo porque no puede o no sabe, solicita a otros que lo hagan por él y en su nombre, especificando o no las circunstancias y las razones de la delegación misma".

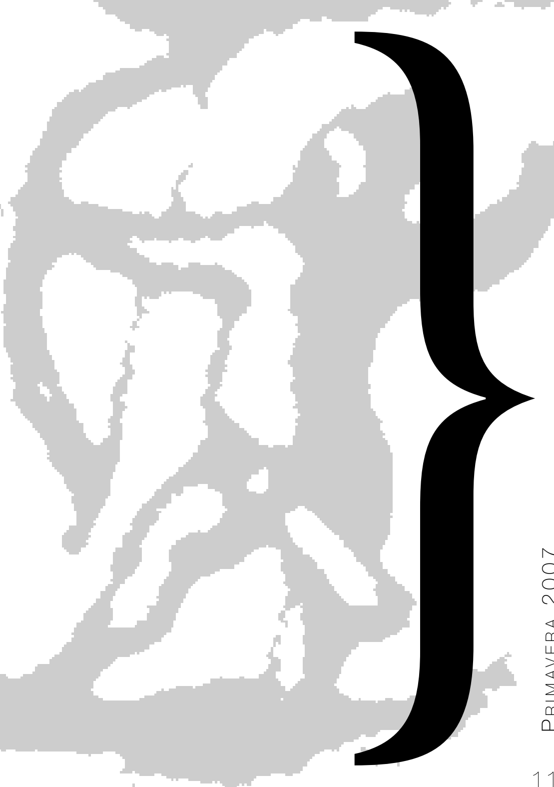
Aquí, la delegación de la escritura no indica una carencia del saber escriturario, sino que aquello que se delega es la marca identitaria de la escritura, con una comunidad interpretante de lectores reducida. José Torre Revello (2004:211) afirma que "durante la época colonial menudearon los anónimos y pasquines manuscritos, cuya letra se disfrazaba hábilmente, para que el autor no pudiera ser hallado".

La escritura del joven Peña, tal vez por la gracia de sus trazos, por la destreza en la realización de ornamentos gráficos pero, principalmente, por su legibilidad es solicitada para fines tan disímiles como el revolucionario o el piadoso aviso sobre la pérdida del rosario. Mientras que, en un caso, la escritura delegada en el ya profesional y joven amanuense es ordenada por quien detentaba el saber escriturario, en el otro, quien delega es una mujer, su tía. Las hipótesis sobre este acto son varias, pero sería irresponsable enunciarlas en este estado de la investigación.

Si las escrituras expuestas "son uno de los instrumentos utilizados por los poderes y las elites para enunciar su dominio –y producir una adhesión– son, asimismo, una manera que tienen los más débiles de decir su existencia y su dignidad. Es así que, para Armando Petrucci, el estudio de los usos de la escritura puede aclarar, a la vez, la historia de las formas de ejercicio del poder y el de las diferencias socioculturales" (Chartier, 1999:15). Contra la escritura monumental, cuya función es la de manifestar la autoridad propia de un poder dueño del espacio urbano, aparece otro uso de la escritura, expuesta en los carteles manuscritos y pasquines infamantes que toman por asalto, en la oscuridad y sin la mirada del poder que los vigile, el espacio urbano de la gran aldea.

5. Cierre provisorio

Como todo boceto, que deja entrever rasgos de la futura obra, este texto no ha pretendido más que plantar sobre la hoja en blanco el comienzo del juego del grafito que, a mano alzada, busca completar una forma para recortarla con luces y sombras de la página que la sostiene. La investigación sobre escritura expuesta o, mejor dicho, sobre pasquines y anónimos durante los tiempos coloniales en Buenos Aires se centró (casi con obsesión), tanto desde el punto de vista de Torre Revello como desde el de Guillermo Furlong (1969:57), en el capítulo de José Antonio Pillado dedicado a la causa que se le siguió al abogado José Vicente Carrancio, en época del virrey Vertiz, perteneciente al libro *Buenos Aires colonial. Edificios y costumbres*. Por otro lado, Ricardo Caillet-Bois, en su *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución francesa*, copia y reproduce panfletos y pasquines coloniales sin una reflexión metaescrituraria; sin embargo, recupera textos del Archivo General de la Nación. Roger Chartier y Jean Hebrad, en el prólogo que escriben a la antología de textos de Petrucci, sostienen que "una correcta comprensión de la cultura escrita supone avanzar al mismo tiempo en tres historias diferentes: la historia del libro y, más en general, de los objetos manuscritos o impresos, la historia de las normas, de las capacidades y de los usos de la escritura, y la historia de las maneras de leer". Por esta razón, un acercamiento a la historia de la cultura escrita durante el virreinato no solo ha de centrarse (tal como sucedió tradicionalmente con bibliófilos y coleccionistas devenidos historiadores) en la historia del libro y la imprenta, sino también en el cuerpo, ya no de la letra sino de la escritura. La escritura como eco de un cuerpo. La tarea del investigador que quiera indagar la historia cultural de la Colonia bien puede ser la de buscar, en la escritura, las huellas de ese cuerpo disciplinado, subjetivizado en los trazos que habita el mundo social hecho carne, en la sangre de la letra. La materialidad del texto no solo da sentido, sino que se cifran en ella los fragmentos de un modo de habitar el mundo en el pasado que provoca extrañamiento. A futuro, la propuesta, entonces, se centra en leer la escritura colonial no solo en la superficie dialógica de todo enunciado, sino también en la materialidad que le da vida para, a partir de allí, rastrear el cuerpo social del escriba.



Referencias bibliográficas

Bustamante V., J. (2000) "La escuela rural. Del *Catón* al arado". En: Mayo, C. (ed.) *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*, Buenos Aires, Biblos.

Cucuzza, H. R. (2002) "Leer y rezar en la Buenos Aires aldeana". En: Cucuzza, H. R. (dir.) *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina. Del catecismo colonial a La Razón de Mi Vida*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Darnton, R. (1999) "Historia de la lectura". En: Burke, Peter (ed.) *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza.

Furlong, G. (1969) "Pasquines, anónimos, caricaturas y apodos". En: *Historia social y cultural del Río de la Plata 1536-1810. El transplante cultural: Arte*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina.

Guisti, R. (1959) "La prosa de 1852 a 1900". En: Arrieta, Rafael Alberto (dir.) *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Peuser, Tomo III.

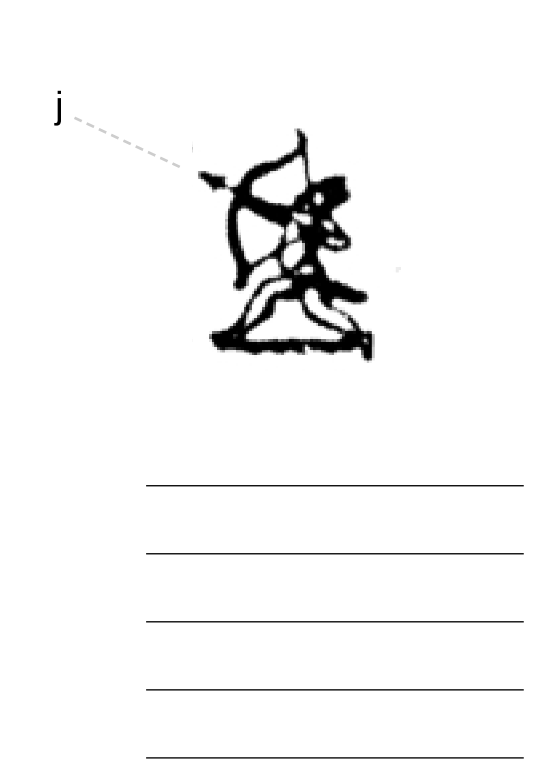
Obligado, P. (1977) *Tradiciones de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba. (Selección de Bernardo González Arrili).

Olod, L. de (1766 [1982]) *Tratado del origen y arte de escribir bien*, Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona.

Palma R. (1993) *Tradiciones peruanas*, Madrid, Archivos, CSIC. (Colección Archivos de la UNESCO).

Petrucci, A. (1999) *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa. (Prólogo de Roger Chartier y Jean Hébrard).

Torre Revello, J. (2004) *Crónicas del Buenos Aires colonial*, Buenos Aires, Taurus. (Colección "Nueva Dimensión Argentina" dirigida por Gregorio Weinberg).



Matías Maggio Ramírez es licenciado en Comunicación Social. Su tesis de grado, "Un puro vegetar. Representaciones de la lectura en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio 1802-1807", se encuentra en vías de ser publicada por la Biblioteca Nacional, tras obtener el segundo premio en el concurso "Jorge B. Rivera".